



DIVAGACIONES

# Teoría extravagante

—¿Es usted republicano?—le pregunté.  
—No lo sé—me contestó—. Pero creo que no; creo que no soy republicano. Digo... me parece...  
—¿Y por qué lo dice así?  
—Porque de tanto oír hablar de republicanismo, y en tan diversos y hasta contradictorios sentidos, no sé ya lo que eso quiere decir para los demás. Y como el valor de las palabras tiene que ser colectivo...  
—Pero monárquico, ¿no es usted?—le insté.  
—Me ocurre lo mismo que con lo otro. Y hay, además, Monarquía y monarquismo, como hay República y republicanismo. Pero, verá usted, hay veces en que doy en pensar que soy monárquico; pero de una Monarquía sin rey posible. Y suelo pensar si no será posible una Monarquía sin rey...  
—Llámele usted presidente que haga las veces de rey...  
—No, no, no es eso. Nada de hacer las veces de rey. O rey, o no rey; pero no a modo de rey; no haciendo las veces de rey, no vice-rey.  
—Una ficción de rey, acaso; un rey impersonal, una estampilla, tal vez...  
—¿Qué sé yo!... ¡Algo así!... En el Tibet parece que han hallado un expediente. ¡Pero, no, el del Tibet, no! Nada de minoridades perpetuas, nada de regencias. Pero... ¡qué sé yo!... Un rey ideal, sin carne...  
—Vamos, ya caigo! ¡El reinado social de Jesucristo!  
—¡No, no, no! Eso huele a jesuitismo, y eso es una oquedad y una trivialidad teológica. El reinado de Jesús, sí; pero del Jesús del Evangelio, no del Jesús de la Compañía que ha hurtado su santo nombre; el reinado del Jesús de la civilización laica y liberal cristiana...  
—¿Y cómo?  
—¿Qué sé yo!... ¡Qué sé yo!... Y si no estuviese la palabra corrompida, le diría que sueño en una teocracia, en el reinado de Dios, que es la Justicia y es la Verdad...  
—¿Y la Libertad, no?  
—Donde hay justicia y hay verdad, hay libertad, y no la hay donde no se puede proclamar todas las verdades a todos los vientos y donde no se le da a cada uno lo suyo.  
—Todo eso, amigo mío—le dije entonces—me transcende a puritanismo...  
—Ah, es que usted, amigo D. Miguel, se acuerda de Cronwell. Ya sé que tiene usted la preocupación de él. Ya sé que su amigo de un tiempo, Tomás Carlyle, le contagió a usted de cronwellismo. Ya sé que gusta usted de recordar, y a toda cla-

se de personas, aquel paso trágico, cuando disolvió el Parlamento en el nombre de Dios...

—Sí—exclamé—, sí; gusto de recordarlo. Y lo disolvió en el nombre de Dios, «in the name of God»; de Dios y no del Jesucristo jesuitico, ni de Santiago Matamoros; en el nombre de Dios, que es, como usted dice, amigo mío, la Verdad y la Justicia. Y lo disolvió para que resplandeciera la verdad, para que se hiciera la verdad sobre Inglaterra. ¡Aqué! fué un hombre!

—Pero dejó de serlo, D. Miguel...

—Es verdad; dejó de serlo. Dejó de serlo cuando pretendió hacerse rey y hacerse rey hipócritamente, bajo el nombre de Protector. Y que su hijo heredara el oficio. Este es el revés del puritanismo; este es el «cant» puritano, la hipocresía.

—¿Lo ve usted?

—Sí, lo veo, ¿y qué?

—Que va usted, amigo D. Miguel, a venir a parar a mi teocracia, que no es la de los puritanos, como no es la de los jesuitas.

—Pues, ¿cuál es?

—No lo sé..., no lo sé...

—Y en nombre de un porvenir que usted no logra definirse, ¿quiere usted convertirme?

—Pues usted, D. Miguel, usted, a quien yo creía hombre de imaginación, sobre todo hombre de imaginación, y de imaginación apasionada, poeta y no sabio...

—¡Gracias, gracias, gracias!

—¿Usted se me vuelve porque no sé definirle lo que haya de ser mi Monarquía sin rey ni hombre que haga sus veces, porque no sé trazarle un programa?... Le creía a usted con más imaginación...

—Tiene usted razón, amigo mío, mi íntimo amigo, mi inseparable amigo; es falta de imaginación lo que nos lleva a pedir programas; es falta de imaginación lo que nos hace no ver la belleza de un lienzo en blanco, de un cuadro en que no está pintado nada. Es falta de imaginación creer más hermoso el cielo de noche, tachonado de estrellas, que la bóveda azul de un cielo de día sin nubes. Es falta de imaginación...

—O sea tontería—añadió mi amigo.

Nos callamos. Y yo quedé pensando en aquella extraña teoría—o sea contemplación—de una Monarquía sin rey de carne y hueso. He oído hablar de República coronada; pero esto me ha parecido siempre no una paradoja, no, ¡libreme Dios!, no,

sino una vaciedad o acaso algo peor: una generalidad.

Aún sigo dándole vueltas en el magín a la teoría de mi amigo. Que tampoco es una fórmula. Porque las fórmulas son cosa de celestinos.

MIGUEL DE UNAMUNO

Isla de Fuerteventura, Mayo de 1924.

